

EL ESCRITOR ANFIBIO

Conferencista: Hugo Chaparro Valderrama

Moderador: Carlos Jaime Fajardo

Relatora: Laura Gallo Tapias

Definir la profesión de Hugo Chaparro Valderrama es de entrada una tarea complicada. Es autor de numerosos ensayos, poemas y algunas novelas, con los que ha ganado reconocimientos literarios de gran importancia a nivel nacional. Hay quienes se refieren a él como crítico de cine y de literatura. También ha trabajado como reportero y columnista en reconocidos medios de comunicación. En cualquier caso, se trata sin duda de una personalidad polifacética, camaleónica, embelesada por la cultura en sus diversas vertientes y aristas. ¿Existe acaso un término específico para esto? Quizás el camino más seguro sea llamarlo simplemente escritor.

Esta pregunta fue justamente el hilo conductor de la intervención que hizo Chaparro en la sesión del 13 de junio en Lecturas Compartidas. En el marco de un diálogo cargado de humor e ironía con Carlos Jaime Fajardo, el autor desarrolló una serie de reflexiones sobre el oficio del escritor, relacionándolo con anécdotas provenientes de su experiencia personal. “El escritor anfibio” fue el título que eligió para su presentación, aprovechando la metáfora del animal que es capaz de transitar entre distintos ambientes sin restringirse a una sola forma de respiración (o inspiración).

Un primer aspecto del que se ocupó fue el relativo a la labor de periodista que ejerció durante muchos años en varios periódicos, tales como El Siglo y El Espectador.



Mencionaba que por la versatilidad de su perspectiva y su buen uso del lenguaje, él era el “periodista multiusos”: participaba en tareas de reportaje e investigación, pero también estaba involucrado en los procesos de edición y redacción. También habló sobre lo que esta profesión en particular aportó a su formación como escritor. Para él, “el periodismo le enseña a uno a escribir sin necesidad de posturas ni ritualizaciones del oficio, simplemente a escribir. Un cierre de edición que no espera a tus dilemas emocionales, mentales, etc”. Esta idea le permitió a su vez hacer una crítica a esa figura mítica, idealizada, del poeta maldito, pues consideraba que más que una autoridad intelectual o una personalidad atormentada, quien escribe es simplemente una persona que tiene un compromiso con la cultura y con el lenguaje. Sostenía que, en el fondo, entre el periodismo, la literatura y otros campos de la escritura no hay diferencias, pues “en el lenguaje todo se va encontrando”.

Chaparro habló también sobre una experiencia muy particular, es decir, su participación como guionista en la ópera Orfeo Chamán, producción del Teatro Julio Mario Santodomingo que se presentó en octubre del año pasado. En ella se reunieron colectivos y personalidades provenientes de todas partes del mundo, incluyendo a la influyente compositora austriaca Christina Pluhar, el colectivo Mapa Teatro, la orquesta barroca L’Arpeggiata, proveniente de Francia, y el barítono argentino Nahuel Pennisi, entre otros. Decía con ironía que habían estado buscando poetas “de verdad” para escribir el libreto y que él fue el último autor que buscaron, pues el texto debía estar listo en el intervalo de un mes y sorprendentemente él reunía dos características que en el imaginario colectivo se excluyen mutuamente: “escribe poesía y es cumplido”.

Este escritor anfibio, refiriéndose también a su participación en el montaje de Otello, presentada recientemente en el Teatro Colón, sostenía que “si algo me estimula a mí del teatro es la trasescena. Todo el mundo es una estrella: el del vestuario, el de la decoración, el artista, etc. Todos tenemos nuestras famas domésticas y eso es lo que interesa: donde hay un pretexto para hacer un texto, ahí estaré”. De esta manera, lo interesante para él era ver cómo se iba generando ese mundo paralelo, escénicamente hablando, tal como lo haría un etnógrafo o un cronista. Su manera de entender la escritura correspondía así a una forma de ver y de interactuar con el mundo y con otras realidades: “la escritura no es solamente un oficio estático, tiene una forma de actuar sobre el mundo. (...) Le agradezco al periodismo que me sacó de mi casa y me obligó a cruzarme con otras realidades humanas”.

Estableciendo un puente entre la obra de Chaparro y su contexto político y social, Carlos Jaime Fajardo, su interlocutor, le preguntó cómo según él se inscribía en lo que llamó “esta generación de escritores de la guerra”. El autor expuso una postura crítica ante la asunción de que un escritor necesariamente se ocupa de su contexto



inmediato, afirmando que sus temas no son siempre colombianos ni se alinean con una postura política determinada. Para él, este “corset del nacionalismo” que habla sobre el conflicto armado no es otra cosa que un lastre para la literatura colombiana, que obedece a un complejo latinoamericano que termina en ocasiones por restringir la posibilidad creativa. Sostenía que, a su parecer, el mundo editorial quiere vender algo que parece reportería de la realidad inmediata.

Afirmaba que, por su parte, “yo soy un autor que no me he puesto una bandera para escribir. Si la historia surge en los años 20 en México, respeto su autonomía”. Y justamente este ha sido su mérito: ya desde los años 90, su éxito editorial se debía en parte a que era un “raro”, como lo había llamado un editor, porque no tenía confluencias temáticas con el momento. Chaparro consideraba que, si bien la guerra en Colombia es en efecto un asunto de gran importancia, “no hay que quedarse en las pesadillas del contexto ni tratar de explicar la realidad literal con la literatura”. Mencionó que, al escribir el libreto para Orfeo Chamán, vino a él una imagen que le resultó muy poderosa: al final de la obra, la cabeza de Orfeo, decapitada por las ménades, se va cantando, a pesar de la tortura y la tragedia. Para él, fue un momento de intimidad muy trágica, pues era recordar el paisaje de los ríos de Colombia y la muerte, lo que generó una reflexión sobre la violencia colombiana. No obstante, “hubo una experiencia caleidoscópica”, pues a la vez esta metáfora implicaba una suerte de redención: a Orfeo lo redime el hecho de que, aún en la muerte, continúa cantando poesía, por lo que la imagen poética incluye pero supera el asunto de la violencia.

Finalmente, surgió el tema de la cotidianidad de la escritura. Preguntaba Carlos Jaime: ¿Cómo se vive de escribir? Chaparro respondió esta pregunta en dos partes. primero, habló de la escritura como una disciplina, en el sentido en que para él es un oficio como cualquier otro. Habló sobre la necesidad del escritor de estar convencido de que la creación literaria no es una dimensión del delirio, sino que exige saber venderse, autogerenciarse, hacer valer el trabajo y situarlo socialmente. Involucra, también, una disciplina y una constancia que son pragmáticas ante todo. Tal como lo afirmaba sobre el periodismo, que en su modo de ver anula el halo romántico alrededor de la escritura, para Chaparro “la inspiración va de la mano de la transpiración” y el estilo debe entenderse como un oficio. Hablando sobre lo que llamaba “los gajes del estilo”, mencionaba que a la hora de escribir, sea poesía, novela, crónica o ensayo, él lo hace en un horario específico, escogiendo una franja del día, siguiendo un calendario, etc. Ahora bien, también fue enfático en recordar que “no se trata de olvidar que los géneros tienen sus ritmos, sus resultados y sus consecuencias, sus actitudes. Si yo estoy escribiendo una crónica sobre Interbolsa, la poesía no cabe mucho ahí”.



La segunda parte de su respuesta se ocupaba del aspecto más subjetivo de la vivencia del proceso escritural. Comentaba que más que una profesión, él tiene una actitud literaria hacia la vida, tomando aspectos de todo lo que escribe (como elementos narrativos para escribir ensayos) y de todo lo que experimenta en la cotidianidad. Resaltó la importancia de los viajes, donde surgen y se forjan las historias. Dio el ejemplo de un viaje a Ciudad de México con su esposa Genoveva, donde una vez vio pasar cinco músicos ciegos. En ese momento le dije a Genoveva, refiriéndose a la pieza de ficción en la que trabajaba para la época: “allá, en la casa, se acaban de volver ciegos los dos personajes”. Hablaba entonces del azar de la escritura, que empero está “guiado por un tema, una voluntad”. Sostenía que “yo funciono es con la terquedad. Hay espontaneidad porque escribir es estar pensando permanentemente en lo que se está escribiendo y no estar delante de un papel o pantalla. Los personajes me gobiernan, termino escribiendo cosas que no había pensado”. Ese fluir entre lo literario y lo real, esa vivencia ambigua de la experiencia y la imaginación donde cada una se alimenta de la otra, determinaba para él la actitud del escritor. Hugo Chaparro, el escritor anfibio, concluyó su charla diciendo que, finalmente, “la mejor manera de estar feliz es no tomarse en serio”.

